

Taller de lectura y escritura creativa



Taller de lectura y escritura creativa

Taller de lectura y escritura creativa 2023

Universidad Nacional Guillermo Brown

Taller de lectura y escritura creativa / compilación de Carla Iantorno; Guillermo D'Andrea. - 1a ed. - Adrogué : Universidad Nacional Guillermo Brown, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-90373-1-9

1. Antología. 2. Antología de Poesía. 3. Antología de Cuentos. I. Iantorno, Carla, comp. II. D'Andrea, Guillermo, comp. III. Título.
CDD 808.02071

Índice

| | |
|--|----|
| PRÓLOGO <i>de Pablo González y Juliano Villanueva</i> | 09 |
| MENSAJE DE LA DOCENTE <i>de Victoria Lemos</i> | 11 |
| REVENTAR PARA CREER <i>de Mirta Andreoli</i> | 13 |
| LAS MIL Y UNA VIDAS <i>de Hilda Campana</i> | 14 |
| EL ABUELO Y SU LAPICERA <i>de Ignacio López Aquino</i> | 16 |
| EL BAR DE LIPPI <i>de Susana Vera</i> | 17 |
| YO FUI GITANA <i>de Mirta Sencion</i> | 18 |
| OBLIVION <i>de Eduardo Perrota</i> | 20 |
| LA FÁBRICA DE MI BARRIO <i>de Rosario Sarmiento</i> | 22 |
| EL CANTAR A LA JUSTICIA <i>de Lia Emma Smyth</i> | 24 |
| ESPERANDO AL PAMPERO <i>de Raul Rios</i> | 26 |
| CANELA <i>de Graciela Lanzilotta</i> | 28 |
| INTIMANDO CON GUEVARA <i>de Jose Luis Vega</i> | 30 |
| MI VECINO DE ENFRENTA <i>de Maria Esther Rodriguez</i> | 33 |
| LA DELICIA <i>de Gloria Gandolfi</i> | 34 |
| ¿DÓNDE VAN LAS PALABRAS PERDIDAS? <i>de Yoli Coronil</i> | 36 |
| RECUERDOS DE MI BARRIO <i>de Ernesto Munté</i> | 37 |
| INFANCIA IDEAL <i>de Laura Castronuovo</i> | 39 |
| ¡GRACIAS, DESPUÉS DE USTED! <i>de Manuela Sinisterra</i> | 40 |
| DESACIERTOS <i>de Alicia Ferreira</i> | 41 |
| EL DÍA MÁS FELIZ <i>de Ramona Sanchez</i> | 44 |
| ANOMALÍA DEL TIEMPO <i>de Ana B. Mateo</i> | 45 |
| JULIÁN SE LEVANTÓ SIN DIENTES <i>de Maria Cristina Leiva</i> | 47 |
| HICO <i>de Manuel Pedreira</i> | 49 |
| EL BESO <i>de Juan Albarracin</i> | 51 |
| CREER O REVENTAR <i>de Raquel Sanchez</i> | 54 |
| COLORES <i>de Iris Travaglini</i> | 55 |
| MI BARRIO JOSÉ MÁRMOL <i>de Lucia Delelis</i> | 58 |

PUAM

NUNCA ES TARDE PARA IR A LA UNIVERSIDAD

El PUAM es el Programa Universitario de Adultos Mayores de la Universidad Nacional Guillermo Brown. Impulsado desde la Secretaría de Extensión y Bienestar, viene creciendo y desarrollando diversas actividades desde marzo del año 2022.

A lo largo de este tiempo el PUAM se ha consolidado como un programa de capacitación pero sobretodo como un espacio de pertenencia elegido por cada vez más adultos mayores.

Este 2023 más de 200 personas mayores de 55 años se sumaron a los numerosos talleres y actividades educativas, artísticas y recreativas que ofrecimos en 4 sedes del distrito de Almirante Brown.

El PUAM se propone favorecer el desarrollo personal y comunitario, acercar saberes y compartir aprendizajes con una modalidad participativa que favorece el diálogo. Es un espacio de alegría, de compañerismo y de valores compartidos.

Agradecemos al Rector de nuestra institución Lic. Pablo Domenichini, como así también al Vicerrector Lic. Facundo Nejamkis, y al Secretario de Extensión y Bienestar Lic. Ignacio Jawtuschenko por la confianza depositada en nosotros para llevar adelante este programa.

En el mismo sentido extendemos nuestro agradecimiento al equipo de docentes, y personal de apoyo.

Nos complace y nos llena de orgullo estar al frente de este programa de extensión que demuestra que “Nunca es tarde para ir a la universidad”, como cada día nos enseñan las y los estudiantes que forman parte del PUAM.

Pablo González y Juliano Villanueva

Mensaje de la docente

Esta antología es el resultado del esmerado y comprometido trabajo de taller de las y los alumnos, que fueron desempeñando a lo largo del año, una profunda labor de lectura y escritura creativa. Muchas veces guiados por consignas, que surgieron de hermosas charlas y cuentos compartidos; y otras, de la libertad misma que impulsa el noble oficio de relatar historias.

Celebro los resultados y el crecimiento literario de quienes con mucha confianza y compromiso, fueron compartiendo un poco de sus vidas, sus sueños y su imaginario, en virtud de darle el mayor de los propósitos a este querido taller. Me complace enormemente, haber formado parte no sólo en calidad de docente sino también de compañera y testigo del valioso proceso de creación y expresión de nuestros Adultos Mayores, que gracias a esta querida Casa de Estudios y la gestión municipal, tuvieron la oportunidad de abrazar la magia de la escritura y asombrarse de sí mismos.

Victoria Lemos

Reventar para creer

Mirta Andreoli

El blanco es blanco por que hay negro. Existe el día porque existe la noche. Hay un cuadrado porque hay un círculo. Lo suave no sería tal, sino existiera lo aspero. Resumiendo, al “es” porque tiene su oponente, de otro modo no sería.

El sillón mullido y cómodo es tal porque hay una butaca sin respaldo de mimbre roído, que es incómoda.

Creer o reventar. O reventar para creer. Colegio de hermanas azules en la niñez inocente, la iniciaron en la religión con epístolas e historia sobre la vida de Jesús, el misterio de Dios, el Espíritu Santo y la Santísima Trinidad. Ella creyó. Fue bendecida con la fé, comunión diaria en el recreo de las 9 hs y asistencia a misa los domingos y las fiestas de guardar. Su actitud hacia el otro, lo corroborarían.

Continuó con su creer hasta el fin del secundario. El don dado fue perdiéndose de a poco hasta que se esfumó, y la fuerza de la existencia divina pasó a ser la fuerza del universo o váyase a saber qué.

No se lo cuestionó demasiado y tardó en entender que el misterio de la fe en su práctica se resumen en “amar al prójimo como a ti mismo”. Ya adulta y ante los avatares de la vida, se vió atrapada en la incoherencia de estar rogando a Dios e improvisando un rezo a la virgen más de una vez.

Y para volver al concepto del principio digo: si existe el mal, es porque existe el bien. Así sería como creer en Dios (el Bien) por la negativa, es decir por la presencia del mal. Es decir, por ver el mal tan explícito en forma de guerra, hambre, injusticia, holocaustos, indiferencia, corazones helados y anestesiados, soberbia, desaparecidos. Todo me lleva a pensar que existe el Bien: tiene que existir. ¿Porqué se empeña en no mostrarse con la imperiosa necesidad que tenemos de él? ¿acaso tendremos que reventar para creer?

Las mil y una vidas

Hilda Campana

Mi vida pasada me lleva a Marruecos, recorriendo Rabat, Marrakech, Casablanca y Fez. Vivía con mi familia en Marrakech, en una tienda en medio del desierto.

Vestía mi túnica negra “chilaba” acompañada de un “hiyab” o velo para cubrir mi cabello y parte del pecho. Mi comida predilecta era el Cuscús, que son granos de sémola con cordero o pollo, vegetales y huevos. También me deleitaba tomando mucho té verde a la menta.

Me trasladaba en grandes camellos, para atravesar el inmenso desierto. En Marrakech frecuentaba la gran plaza de los artesanos, donde cada uno ofrecía sus hermosas artesanías y ¡hasta había un encantador de serpientes!. Yo hablaba árabe y amazing, también francés y español.

Cierto día decidí marchar a Turquía. Para ello debía tomar una embarcación desde Rabat y cruzar los 14 kilómetros que me separaban de Cádiz, España, por el estrecho de Gibraltar y así unir África con Europa. Una vez allí, hacia Málaga, Madrid y Turquía y con una larga travesía mediante, me esperaba mi destino final.

En Estambul recorrí el Bósforo, que une el mar de Mármara con el Mar Negro, allí donde Asia y Europa se rozan.

Sus paisajes espectaculares no dejaron de asombrarme. Llegué al gran bazar con sus 4.000 puestos, uno de los más grandes del mundo, donde pude conseguir pashminas, juegos de té y todo lo típico de este bello país.

También caminé por el gran mercado de especies, con sus productos típicos como especias, dulces o frutos secos, quesos, dátiles y nueces. Luego se impuso ante mí la imponente Mezquita Azul con más de veinte mil azulejos de cerámica artesanal, con más de cincuenta diseños diferentes de tulipanes.

Entré allí con mi Hiyab, que me cubría la cabeza y parte de los hombros; algunas mujeres llevaban el Burka que cubre el rostro casi completo y sólo se ven los ojos. También hay que ingresar con los pies descalzos. Durante el día, en cinco oportunidades suena una sirena llamando a los hombres a rezar mirando hacia la Meca, ciudad árabe, lugar de nacimiento de Mahoma según la religión musulmana.

Los rezos lo hacen en su lugar de trabajo o en la mezquita más próxima. Durante mi paso por Turquía recorrí las míticas ciudades de Estambul, Ankara, Capadocia, Esmirna y Kawasaki.

Turquía me atrapó. Es mágica, es vivir dentro de Las Mil y Una Noches, obra que despertó mi interés por esta maravillosa cultura. Algún día, en esta vida o en otra, volveré a estas tierras, sólo hay que esperar. Maktüb.

El abuelo y su lapicera

Ignacio Lopez Aquino

Los niños y los no tan niños esperaban con ansias la llegada del abuelo. Los visitaba por lo menos una vez a la semana, les gustaba porque traía en su mochila cuentos que nunca les habían contado. Cuando llegaba, las preguntas eran

- Trajiste un cuento para contarnos
- Sí, mi lapicera me dictó un cuento
- Si la lapicera no habla, abuelo. Respondían a coro
- Mi lapicera sí, contestaba él. Tenía una lapicera Parker muy antigua cuyo capuchón se enroscaba.

Todas las mañanas, luego de tomar su desayuno, desenroscaba el capuchón, y escuchaba la voz de su lapicera Parker que decía 'había una vez...' y juntos tejían historias llenas de amor y ternura para compartir con los niños y los no tan niños, quienes escuchaban cada relato con entusiasmo. A veces eran cuentos de hadas, otras de magia, algunas de aventuras, de ángeles y de dioses. Así, para los chicos, los cuentos del abuelo y su lapicera se fundieron en una única fuente de cariño y sabiduría. Habían creado un lazo indisoluble, donde hablar de la lapicera era hablar del abuelo, y hablar del abuelo era hablar de la lapicera, fusionándose en un solo ser lleno de amor y enseñanzas.

Y así fueron autores de infinidad de cuentos, que inspiraron en sus nietos, belleza, amor, amistad, creatividad.

El bar de Lippi

Susana Vera

Paisaje de antaño cuando recuerdo aquella calle angosta y empedrada, que se cruzaba con la de barro. Donde solo se podría transitar a pie, a caballo o en viejos carretones.

Y allí, en esa esquina, el boliche “El bar de Lippi”, cita obligada de los peones que venían del fondo del campo y más allá.

Los paisanos y las chinas vestían sus mejores pilchas. Los paisanos con sus botas brillantes, bombacha de campo ancha, facón en la cintura, faja de lana, rastra, boina y poncho en la camisa, colgado sobre el hombro derecho y pañuelo anudado al cuello.

Las paisanas, llevaban un vestido liso, celeste o blanco, sin cuellos sólo con botones para el pañuelo. En sus cabelleras, quizá una flor o cinta al tono. Ellos dejaban en el palenque a su fiel amigo “el bagual” y bajaban de sus ancas a la paisana.

Todos preparados para una noche de sábado donde había risas, baile, truco, alcohol y porqué no, quizás alguna guitarra “para un duelo de payadas”. ¡Cuanta magia y tradición!

Cada día paso a tu lado y te veo casi derrumbado, solito, triste y silencioso. Pero a la vez, asombrosamente luchando con fuerza para mantenerte de pie. Siento dentro mío estos recuerdos de antaño, imborrables tiempos que no volverán. Aunque siguen intactos en mi memoria y no morirán jamás.

Yo fuí gitana

Mirtha Sención

Mientras termino de calzar mis botas de palo, repaso qué cosas debo hacer este día. Hoy es día de mercado y la plaza del pueblo estará totalmente llena dentro de poco rato.

Al salir de la casa, mi gato Terror maúlla porque le pisé la cosa. Siempre se pone en medio de mi camino.

Mi cabello es largo y muy ondulado y sin peinar. Y esto es necesario para acompañar mi atuendo. Tengo puesta dos faldas largas muy coloridas con grandes y pequeñas flores y corazones. La blusa es bastante floja y deja ver mis hombros. Esto atrae la mirada envidiosa de las mujeres y la admiración de los hombres.

En mi bolso colgado al hombro llevo yuyos varios, separados y atados según su cometido. Ya estoy aquí entre el bullicio, las carcajadas, los improperios y discusiones que continuarán todo el día. Todo se debe a que mi oficio es el de celestina adivinadora y sanadora; por eso mis yuyos. Ya veo al primer cliente. Se llama Gabriel, es joven y buen mozo. Está enamorado de Clarisa pero ella no le corresponde, aunque le hace burlas y provocaciones.

Primero le tiraré as cartas y leeré las líneas de sus manos para saber como esta hoy. Debo ir a la fuente de agua en el centro de la plaza. Voy a mojar unas ramas atadas con una cinta rosa para pasarle por el cuerpo de cabeza a pies. Y debe beber de esa agua pasada por las hierbas.

Gabriel llora y yo le acompaño. Voy a escribir unas palabras que el mozo me dictará. Yo sé leer y escribir y allí son muy pocos que lo hacen. Luego de escribir doblo el papel y lo guardo en mi corset. Más tarde llevaré la carta. Ahora debo recibir el dinero por este trabajo que, si tengo suerte, podré juntar para comprar pan y tocino.

Ya cae la tarde y es hora de volver, riendo por todas las mañás que tuve que componer, para los enamorados, los dolidos de panza y la bandida que teme que su marido descubra a su amante.

“Celina la comedida;
Mucha charla y poca plata.
Si el día se porta bien
Pan y carne podré comer”.

Oblivion

Eduardo Perrotta

Julio Lipatti era joven, pintón, por destino seductor y músico. Tocaba con una típica en una tanguería, “El Arrecife”, donde andaban variadas personas, gustosos de la noche, la música y el baile.

Lucía smokings impecables. Cuando acostaba el bandoneón sobre sus piernas y presionaba los botones cuál pezones de mujer, esa simbiosis era como una estatua de Apolo.

Amoríos no le faltaban, pasajeros todos. Un sábado contrataron a Laura como profesora de tango. De pequeña había estudiado danza clásica, y luego se adueñó del 2 x 4. Alta, piel tostada, silueta de pantera de Kipling. Le encantaba el color negro en sus vestidos, zapatos, bragas y soutiens.

Entre acordes, cortes y quebradas, Julio y Laura se fueron gustando y necesitando. Se amaban en un hotelito cercano. El bandoneonista, alquiló un departamento amueblado en un sexto piso en Leandro Alem. Era un edificio de oficinas; por la noche quedaba vacío, salvo por dos hermanas alemanas que vivían en el séptimo piso justo sobre el de Julio. El encargado del edificio lo puso al tanto de las costumbres propias del lugar.

Por la noche, Julio ensayaba antes de rumbear para su trabajo. Se preguntó si la música incomodaba a las alemanas, pero como ellas escuchaban temas clásicos en una vieja vitrola, se quedó más tranquilo. Una noche se le animó a Straus, y les tocó algunos acordes del Danubio Azul. Así los sonidos iban y venían entre los dos pisos por el pozo de aire.

Laura lo visitaba algunas noches. Julio ponía un disco de un solo de bandoneón en el Winco de su padre. El amor discurría sin culpa de incomodar. El instrumento lucía extendido, los dramas de pasión se filtraban en el fuelle, disparándose para arriba cuando cobraba movimiento. A las hermanas Wels les entraba una inquietud que disimulaban con algún esfuerzo. Esos vecinos nunca le conocieron.

A las pocas semanas, Julio y Laura se marcharon a Berlín. Un alemán amante del tiempo les propuso representarlos en una gira por su país.

Henrrietta y leopoldina las vecinas alemanas extrañaron “Los sonidos del silencio” y regresaron a sus solitarios hábitos. Por la noche se asomaban al balcón del frente, como añorando. Pero solo veían oscuros y solitarios edificios vacíos.

La fábrica de mi barrio

Rosario Sarmiento

Hubo un momento que esa calle estaba llena de vida: negocios, gente caminando, niños corriendo, colectivos, autos y bicicletas poblaban el barrio. Había allí una fábrica poblada de trabajadores, una fábrica que avisaba al barrio con su sirena que ya era la hora de entrada de su personal que ya abrían los portones para que ese tumultuoso grupo trabajador se fuera ubicando cada uno en su correspondiente sector donde los esperaba su banco, su máquina o su escritorio

Nosotras, amigas y vecinas del barrio, estábamos acostumbradas a tanto movimiento, es más nos gustaba y disfrutábamos caminar sus calles. Las recorríamos buscando un lugar para charlar, para compartir secretos juveniles, detenernos en alguna vidriera, ir a la plaza si el día estaba lindo o ir a tomar un cafecito o gaseosa en el bar cercano a la fábrica.

La fábrica, ese lugar tan caro a los sentimientos y costumbres del barrio, porque allí había un barrio obrero y todo giraba alrededor de ella, el lugar de trabajo de tantos vecinos que compartían casi todo de sus vidas, donde charlaban e intercambiaban vivencias, anécdotas junto al mate o café cuando sonaba la sirena del merecido intervalo en la rutina diaria.

Crecimos, cada una tomo su camino y nos alejamos del barrio. Casi sin darnos cuenta pasó el tiempo y una de nosotras tuvo la idea de reencontrarnos, de volver a recorrer sus calles, esas calles que abrigaron tantos recuerdos, tanto momento de alegría y también de tristeza, tantos instantes inolvidables y compartidos.

Logramos volver a recorrer el barrio juntas otra vez, con mucha nostalgia comprobar lo que fue de la fábrica, de aquel bullicioso movimiento tan vital que invadía la vida del barrio. ¿Qué pasó que hoy ya no existe? hay silencio en sus calles, que cambió totalmente el barrio. Ya no está esa fábrica, no hay trabajadores presurosos ni suenan sus sirenas. No están más los negocios que estaban a su alrededor, que vivían de la fábrica donde los obreros consumían todo lo que necesitaban, ellos vivían allí. Recorremos el barrio y ya no es lo mismo, nada es igual, encontramos aún a viejos vecinos, viejos obreros que recuerdan como nosotras también la vida que vibraba en esas calles añoradas.

Tantos años pasaron que yo no me dí cuenta de la transformación o sí y no quise verlo, y aún estamos buscando o queriendo encontrar esa fábrica que acompañó nuestra primera juventud y donde hoy sólo hay un edificio solitario venido abajo, destruído y abandonado como símbolo de una etapa que ya fue, que ya no está. Nos miramos con tristeza y desoladas reconociendo que nosotras tampoco ya éramos las mismas.

El cantar a la Justicia

(relato inspirado tras la lectura "Ante la Ley" de Franz Kafka)

Lía Emma Smyth

Todos tendríamos que poder entrar por la puerta para llegar hasta la justicia.

Pero no es lo mismo estar vestido como obrero, campesino, ama de casa, ser pobre o joven, buscando que alguien los atienda. Para eso hay que franquear varias puertas y, detrás de ellas, los recibirá una persona que los va a interrogar con pose de autoridad para demostrarles que no va a ser fácil lograr que escuchen sus problemas y menos resolverlos.

Mientras ellos hacen "cola" y esperan, volviendo una y otra vez, con la esperanza que alguien les diga que pasen, por otra puerta entran los que van bien vestidos, con carpetas importantes. "-Señor, señora, doctor, doctora-", así son saludados y recibidos. Estos tienen la posibilidad de ser atendidos rápidamente; tienen sus contactos, sus recomendaciones y, tal vez, sobornan. Cuando se retiran de la oficina, con un apretón de manos y una sonrisa, el fiscal o el juez les dicen: "-Quédese tranquilo, en unos días estará notificado con buenas noticias-".

Aquellos que no tienen recursos, son cada vez más en los pasillos de los juzgados, con sus papeles en las manos; es más, ya se conocen y hasta se saludan o conversan en sus interminables esperas. Se dan cuenta que en forma individual no van a lograr que los atiendan como necesitan.

En uno de esos juzgados se repetía la situación hasta que Juan, un joven de la fila, hastiado, los reúne y les dice: "- Así no nos van a recibir, pero si gritamos y protestamos, llamarán a la policía y nos desalojarán y tal vez seamos noticia en los medios... y ahí puede cambiar esto -". Acuerdan entonces, una estrategia; Juan junta en una sola carpeta los papeles de cada uno y los ordena con separadores y una planilla que resume los datos.

De la pasividad que los caracterizaba, pasan a cantar el Himno, luego Aurora, la Marcha de San Lorenzo y otras que representan la Patria.

Juan, con el “carpetón”, se adelanta y se para frente a la primera oficina. Los demás, no paran de cantar, hasta que se abre la puerta y quien se asoma muestra un asombro tal –al ver a un grupo numeroso unido por el canto y la penuria común- que atina a decirle a Juan: “-Pase Usted primero-”.

Un asistente del Juez, lo atiende, entonces. Juan le muestra y le separa, uno por uno, los expedientes; así logra para todos y cada uno, que les den una fecha de entrevista.

Cuando sale con la carpeta en alto en una mano y los citatorios en la otra, sonriendo plenamente, todos, espontáneamente vuelven a cantar con más fuerza el Himno, sintiendo que la lucha en unión solidaria es la única manera de poder ser escuchados.

El individualismo es el arma de los poderosos; la organización, la de los débiles.

Esperando al Pampero

Raul Ríos

Llegó a su vida una noche desapacible, de esas que dan miedo, por la lluvia interminable, por el ruido de un viento impiadoso, por el cielo encendido de relámpagos y truenos. Don José apuró el último sorbo del mate dispuesto al descanso, con la esperanza del nuevo día despejado y se acostó esperando al Pampero, ese viento noble, frío, pero anunciador de buenos tiempos.

En un alto del copioso aguacero, lo escuchó y no era el Pampero precisamente.

Primero fue una especie de quejido, luego un llanto casi un lamento, que venía de la vereda, detrás del viejo ligustro.

El cachorrito temblaba de frío, lo miró con unos ojos resignados, acostumbrados al abandono y al descarte, sin esperar nada a cambio, y con un peso de años sobre el lomo a pesar de tan corta edad.

Don José lo levantó despacio, lo entró a su casa, le dio abrigo, curó sus heridas y le dijo:

- Ya he sufrido mucho con los perros. Juré no tener uno nunca más, así que en cuanto te me recuperes, veremos de conseguirte un dueño y que te ponga un nombre.

De a poco el cachorro se ocupó de que el viejo abandonara esas ideas. Era comprador, inquieto y a la vez obediente. Lo despertaba con lamidos luego de dormir a sus pies, lo acompañaba a todos lados, siempre contento y feliz, se echaba bajo la silla mientras Don José mateaba y era guardián como pocos.

- Bueno - le dijo el viejo - te quedás. Pero la relación será de hombre a perro, hasta ahí, nada de encariñarse más de lo necesario, que después se sufre y ya no estoy para esas cosas. Ah, te vas a llamar Pampero, como el viento.

Don José cumplía su rol prometido, hosco, distante, como desinteresado. Le daba de comer, cada tanto una palmada, nada de abrazos y besos, a lo sumo le tiraba una ramita para que se la traiga. Eso era todo. Hasta el día que desapareció.

Con el correr de los días, la cara, el semblante del viejo se fueron transformando.

Cuando se cansó de llamarlo desde la puerta de entrada, empezó a recorrer el pueblo, preguntando a los vecinos y a los que pasaban por la ruta.

- No se preocupe – le decían – se habrá ido tras una perra, ya va a volver.

Pero no volvía. Don José pasaba las tardes bajo la galería esperando, tomando mates, amargos como su alma, y con los ojos cada vez más tristes. La sola idea de no verlo más le acuchillaba el alma al viejo.

- Ibas a ser mi último perro y te me juiste – se lamentaba.

Comprendió entonces la profundidad del amor que sentía por su perro. Sintió el peso de la ausencia, la dimensión que adquirirían las cosas simples y rutinarias: sus ladridos de alegría cuando volvía de los mandados, la mirada implorante por una caricia, la pose protectora y el gruñido cuando alguien golpeaba las manos, el peso de su cuerpo calentito a los pies de la cama...

El reencuentro fue como a los tres meses. Pampero estaba en la puerta ladrando, lleno de abrojos, sucio como nunca, moviendo la cola y todo el cuerpo, saltando de alegría. Don José se arrodilló y le dio el abrazo contenido, ese que siempre le había negado, se dejó lamer la cara llena de lágrimas y le dijo sollozando:

- Volviste, perro.

¿Puede alguien cambiar en sólo tres meses ?. Vaya uno a saber dónde anduvo el perro, pero seguía siendo el mismo de siempre, porque nunca había ocultado sus sentimientos ni su forma de ser y fue honesto con sus demostraciones de cariño. En cambio, Don José sí fue otra persona. Cambió esperando al Pampero

Canela

Graciela Lanzillotta

Amaban a su perra, a la que habían adoptado de bebé. La llamaron Canela por el color de su pelaje, la trataban como a una niña. Su mamá, especialmente, la malcriaba, la dejaba dormir en la cama, meterse entre las cobijas, toda tapada hasta el hocico, ¡no se como respiraba! pues amanecía a los pies de sus papis.

Canela es una pitbull malcriada por su mamá. Le compraba chiches a los que destrozaba en diez minutos, u orejitas de cuero de vaca las que devoraba al mismo tiempo. Canela salía de paseo con mantitas que le compraba su mamá, hasta tenía una impermeable con capucha color rosa con la que llamaba mucho la atención por su porte de perra poco dócil.

No podían regresar a casa sin traerle algo, pues los asaltaba con torpeza y corría tras de ellos hasta conseguir algo nuevo: un abrazo, un beso e interminables caricias. Canela siempre estaba en el medio de sus papis observando lo que hacían, y si comían algo, debían compartirlo con ella o no les quitaba la mirada.

Era un amor incondicional y recíproco, indistintamente con ambos.

Si alguno de los dos faltaba, esperaba junto a la puerta de entrada a la casa hasta su regreso, escuchando cada ruido de la calle y lloriqueando melancólica.

Cuando ingresaban a la casa, después de su jornada laboral, cuán caprichosa criatura, les hacía sentir su malestar para que no lo repitieran. Al rato se le pasaba y volvía a corretear de una punta a la otra.

Vivían para ella, cuidaban de discutir en su presencia para que no sufriera, hasta que un buen día la discusión no se pudo disipar y su mamá salió de la casa dispuesta a no volver.-

Pasaban los días y las frías noches sin el calor de su mamá en la cama. ¡Ya no era lo mismo!, por más que el papá nunca la dejara sola, ella extrañaba las caricias y cuidados que solo una madre sabe dar.

Un buen día, después de largas semanas, la vió regresar; pero solo para buscar sus cosas. Canela fue a recibirla, a pesar de su abandono; pero ya no sintió ese amor y ese calor que le sabía dar. El reencuentro fue frío y distante. La mamá de Canela había cambiado, su olor, su carisma, hasta su imagen. Frente a ella había una mujer delgada, por lo visto había logrado bajar esos kilos que le molestaban y más también, y pensó: “ya no debe comer cosas ricas”.

No era ya esa persona alegre que bailaba con ella y hasta le hacía upa, a pesar de sus 30 kgs, entonces se fue a un rincón y desde allí la observaba con discretas miradas de reojo, sin responder a sus llamados, porque por más que era su voz, sus palabras no emitían ese amor que ella antes recibía. ¡Ya no era su mamá!, ¿tenía otro hijo, quizás?, ¿ya no le agradaban sus mojados besos?.

Ahí mismo comprendió que no necesitaba nada más de esa desconocida y, dándole la espalda, se echó a dormir cerrando sus ojitos húmedos.-

Intimando con Guevara

José Luis Vega

Fines del 58. El matrimonio argentino, “los argentinos”, aborda el avión que los lleva a La Habana en viaje de placer, ellos podían hacerlo ya que el hombre tiene un cargo importante como especialista ferroviario en la ALAF, Asociación Latino Americana de Ferrocarriles.

Época fea para viajar a Cuba, pero en realidad la finalidad del viaje era otra. El hombre, acérrimo militante comunista, fue incorporado a las filas rebeldes de la isla como asesor de los “barbudos”, para colaborar en una serie de acciones militares contra el régimen de Batista; cuyo objetivo era boicotear las líneas ferroviarias en la cual se movía el ejército cubano con sus pertrechos.

Su colaboración se vio coronada de gloria aquel 29 de diciembre en Santa Clara, historia conocida de la gran epopeya de los hombres del comandante Guevara. Fue el triunfo rebelde allí, lo que dio a estos, el poder total de la isla.

Como parte del premio a su trabajo, los argentinos fueron alojados en el flamante Hotel Habana Hilton de la capital, inaugurado nueve meses antes. El imponente hotel, fue el lugar elegido por los barbudos para instalar su cuartel general, así que por allí podía verse en sus menesteres, a Ernesto, Camilo, Fidel y otras personalidades.

Fue una mañana de Enero a pocos días de producido el cambio de régimen, cuando los argentinos bajando de su cuarto y yendo al encuentro en el hall del Hotel, junto a dos agentes encubiertos para ejecutar otra misión, en el piso catorce encuentran ocasionalmente ingresando al ascensor, al altivo Comandante Guevara con su tradicional ropaje de combate. Tras los saludos cordiales investidos de cierta formalidad para con semejante personaje, casi de inmediato, y tras cerrarse la puerta del cubículo, se escucha una sucesión de explosiones y gritos en las cercanías. Por cierto es que aún había tropas del régimen anterior diseminadas por ahí, y seguramente también agentes encubiertos de la CIA haciendo de las suyas.

Quiero hacer un paréntesis, para aclarar que estos hechos como muchos otros por obvias razones, no tuvieron trascendencia a nivel prensa para el común de la gente, en tal caso los mismos gozan del conocimiento de quien suscribe, en razón de circunstancias expuestas más adelante.

Obviamente el ascensor detuvo bruscamente su descenso quedando casi a oscuras, vislumbrándose tan solo por las rendijas de la puerta, un mínimo de luz exterior. Fueron largos momentos de incertidumbre, miedo y gritos del comandante interrogando a viva voz, a alguien afuera del recinto.

El tiempo fue una eternidad, y el terror se apoderó de los argentinos presumiendo lo peor. Y estas circunstancias caos mediante, ocasionó en el hombre una crisis nerviosa la cual no pudo manejar.

El Comandante, haciéndose cargo de la situación, increpa severamente en principio al argentino, más no teniendo respuesta coherente del mismo, lo tranquiliza mediante un certero sopapo en el rostro que lo duerme de inmediato, yendo este a dormir al piso.

El dormir por un largo rato, en realidad evita al hombre sufrir parte de la angustiada situación, la del horrible encierro sin saber lo que realmente está sucediendo.

Pasaron más de dos horas de suplicio e incertidumbre, cuando de pronto el argentino es sacudido, despertado e informado por el comandante, sobre el fin del incidente.

Al salir entonces de mi dramático sueño novelesco, de mi siesta obligada por propia elección, al solo efecto de evitarme un mal mayor tipo síncope cardíaco a causa del julepe por el circunstancial encierro; vi entonces asombrado cómo mi mujer ante la apertura de la puerta, se puso raudamente a salvo brincando fuera del ascensor, averiado seguramente a causa de su longevidad y falta de mantenimiento. También de un salto se

puso a resguardo el asustado ascensorista luego de despertarme, haciendo poco honor a su uniforme de trabajo modelo “Che”, ridículo a esta altura de las circunstancias.

Una vez salido por mis propios medios como pude casi gateando del ascensor, bajamos con mi mujer por las escaleras los catorce pisos hasta el hall del hotel, donde molestos por la demora, nos esperaban los dos agentes coordinadores del tours turístico a Santa Clara.

Obviamente esa excursión tuvo una carga emocional diferente, y por sobretodo también tuvo el condimento de un extraño sabor a bronca dirigida a nuestra agente de viajes porteña, quien al vendernos la estadía en el Habana Libre, graciosamente nos aseguró que el hotel, a pesar de sus casi sesenta años de construido, gozaba aún de la magnificencia del Hilton de otrora.

“Está muy bien mantenido por cierto”, aseveró la muy turra.

Mi vecino de enfrente

Maria Ester Rodriguez

Estuve haciendo una revisión de mis vecinos, no sólo los comerciantes, en busca de una atención amorosa, pero sin resultado positivo. Sin embargo, frente a casa vive alguien que despierta mi ternura.

Se asoma temprano por la mañana y, de alguna manera, me lo hace saber. Las palabras no siempre son necesarias, hay manifestaciones que hablan por sí solas. Suelo pasar apurada, pero no se me escapa que está ahí, mirándome.

Al principio no le prestaba mucha atención, pero con el tiempo un día me sorprendí saludándolo con un simple: - “¡Hola! ¿Cómo estás?” Me miró y pareció que me sonreía.

Desde ese momento, cada vez que paso frente a él, repito el mismo saludo; se me hizo costumbre. Y a él parece habersele hecho costumbre mirarme sonriente.

Un día decidí ir más lejos. Llevaba la vianda que solía comer en la plaza, entre un curso y otro. Fiel discípula de Eva, le ofrecí una manzana que aceptó complacido. Nuestra confianza parecía ir en aumento y eso lo pude comprobar una mañana en la que me recibió con su mejor relincho.

EPÍLOGO: Si alguna vez pasan por Jacinto Calvo, entre Bouchard y Jorge, no se olviden de llevarle una manzana: ¡le encantan!

La Delicia

Gloria Grandoli

—¿Ves, Sofía? —le dice Clara a su nieta— Esta estatua de Diana Cazadora es la que estaba en el parque del hotel La Delicia, donde yo trabajé hace muchos años.

El hotel era el punto de reunión de todo el brillo social de Buenos Aires, y también de visitantes extranjeros, lo mejor de la bella época con reminiscencias culturales y económicas europeas. El encanto de unas vacaciones cercanas y placenteras de artistas, políticos, escritores reconocidos (como Jorge Luis Borges y Silvina Ocampo), deportistas y familias adineradas que venían con sus hijos. Se realizaban banquetes, conciertos, convenciones y distintos tipos de fiestas. Había canchas de tenis y fútbol; también se podían realizar cabalgatas por los senderos rodeados de eucaliptos.

Recuerdo ese día de verano, propio de Adrogué. Comenzaba a atardecer. Ella estaba cómodamente sentada en la galería, tomando un cóctel y mirando hacia el jardín. Tal vez soñaba con el amor... ¿juvenil?, ¿por qué no? Aunque ya no era una adolescente, tenía un rostro fresco, hermoso y de rasgos bien delineados. De niña había actuado en cine, luego había sido cantante y, por último, actriz de teatro, de gran trayectoria. No era la primera vez que descansaba en La Delicia para luego retomar su agenda artística. Pero esta vez la diferencia la hacía él: alto, delgado, de sonrisa fácil, ojos vivaces y profundos. Era parte de la Delegación Francesa de Ajedrez, que por esos días disputaba el Torneo de las Naciones. Habían elegido el hotel por la tranquilidad que ofrecía la extensión de su predio para poder analizar las partidas de cada jornada. Al segundo día de la llegada de Paul, se cruzaron en el salón de espejos. Intercambiaron saludos, cada cual en su idioma. Al instante, él volvió a saludarla en español; Alma respondió en un francés avezado. La risa de ambos se transformó en una cálida tarjeta de presentación que sería el pase, cada día y cada noche, a un romance tan inmediato como intenso.

Europa estaba en guerra y él manifestó su deseo de exiliarse en Argentina. Ella tenía contactos oficiales para allanar el camino; juntos comenzarán una vida prometedora de éxitos y amor. Alma sintió que la partida estaba ganada.

Quedaron en encontrarse a las 21hs en el restorán del hotel para ir, al día siguiente, a la cancillería, realizar los trámites migratorios y ultimar los detalles que les cambiarían la vida a ambos.

Ya estaba anocheciendo cuando Alma escuchó voces afuera y un breve aplauso. Miró por la ventana de su habitación y vio a la gente de la Delegación, con sus equipajes, subirse a los tres autos en marcha. Entre ellos estaba Paul, saludando con la mano al personal del hotel. El desconcierto fue tal que pensó que seguramente los acompañaría hasta cierto lugar para despistarlos, y que luego volvería a buscarla. Pero no entendía por qué él no le había avisado nada sobre esos movimientos. Trató de no pensar, de creer que a la hora señalada, se encontrarían en el comedor del hotel. Había aprendido mucho de ese juego de ajedrez que a él le apasionaba, pero le faltaba saber cómo se terminaba una partida.

A las 20.50 hs decidió bajar al salón, donde se encontró con el conserje. Venciendo cierta incomodidad, se atrevió a preguntarle si había visto a Paul. El hombre de servicio le informó que la Delegación completa había regresado a Francia.

Alma sintió que sus piernas se aflojaban y comenzó a llorar. Su asistente la acompañó a la habitación.

—¿Y qué hizo Alma cuando descubrió que Paul la había dejado, abuela?

—Se marchó del hotel y nunca más veraneó allí —respondió Clara—. Alma había entendido el sentido de las palabras con las que culmina la mayoría de las partidas de ajedrez: jaque mate. Sin embargo —agregó luego de una breve pausa—, es posible que también haya aprendido que los juegos dan revancha. Unos años después, leí en el periódico que la reconocida actriz y cantante Alma Morel viajaría a Francia para filmar una película...

¿Dónde van las palabras perdidas?

Yoly Coronil

¿Dónde van? Me pregunto yo también
En cada etapa de mi vida han habido tantos silencios
tantos pensamientos presos, que enmudecieron mis labios.
Por tal razón mi desahogo ha sido siempre por escrito.
¡Quisiera encontrar esas palabras perdidas para decirlas
en el momento justo y a la persona correcta!
Me sumerjo en un sueño profundo y buceé
hasta mi inconsciencia buscando esas palabras
que perdí y no pronuncié cuando debía.
Cuántas veces callé por vergüenza, inseguridad,
temor, rabia, impotencia o quien sabe porqué.
Pero callé, no hallé las palabras, se que estaban dando vueltas
por mi cabeza, encerradas en mi mente, queriendo salir
gritando por mi boca pero no; mordí mis labios,
los sellé con silencio, enmudecí, perdí mis palabras.
Si supiera dónde van las palabras perdidas,
diría que quedaron asfixiadas en un rincón de mi alma
con muchas ganas de decirlas a quienes lamentablemente
ya no están, para oírlas:
“Cuenta conmigo, te amo, perdón”.

Recuerdos de mi Barrio

Ernesto Felipe Munté

Mi barrio, lugar que añoré siempre. Cuando fui adolescente muchas veces lo dí de menos, con sus calles de tierra, chapoteando barro. Recuerdo que comprábamos el agua, ya que las vertientes estaban muy bajas y hacer una perforación costaba mucho dinero. El carnicero que vendía la carne vacuna a través de un carruaje, parecido a una carreta techada de color celeste y blanco, su nombre “el sin rival”, que iba casa por casa a vender.

No hace tanto tiempo que ocurría, en aquel gran Buenos Aires, fondos de Almirante Brown, conocí los carros tirados por caballos, al Italiano caminando con unas chancletas muy precarias, pantalón arremangado casi hasta las rodillas. Vendiendo tomates a la “pumarola” gritaba producto de su propia quinta.

En los terrenos baldíos y bajos en los días de lluvia, por lo general se formaban piletones y charcos, en los cuales los sapos se hacían un festín. Unos encima de otros, quizás haciendo el acto de procrear, produciendo ruido molesto a los vecinos. Muchos algunos ya no están presentes, pero sí en el recuerdo. Americo, cuya vivienda estaba cercada con alambre tejido, cuando se acercaba el mediodía nos ponía la radio para escuchar la novela de Juan Carlos Chiape, titulada “Juan Moreira”. La llegada de la televisión, en blanco y negro allá por el año 1959.

Recorríamos las casas de los vecinos, aquellos que tenían la suerte de tenerla para poder ver algunos programas como Rin Tin Tin, el Zorro, Bonanza, etc. Recuerdo aquella persona que en las fechas patrias, repartía torta fritas y pastelitos. Y Don Antonio que con su bicicleta y el cajoncito en la parte trasera y delantera, vendía artículos de sedería, ¡uno no se imaginaba las cosas que llevaba dentro!

Recuerdo cuando nos levantábamos tempranito para marcar la canchita, habiendo en algunas ocasiones escarchas, para luego hacer un picadito de fútbol. Podría mencionar muchas cosas más, que han quedado en el tintero, pero se haría muy extenso este relato. Muchas veces quise cambiar para otro lugar, algo mejor y conversando con vecinos y gente querida, por dentro había algo que me decía “no te dejaré nunca, jamás lo llevaré a la práctica. Mis sentimientos son más fuertes, estarás acompañándome toda mi vida, barrio querido”.

Infancia ideal

Laura Castronuovo

Hoy salí a la calle recorriendo mi barrio. Vi niños en triciclo con la abuela a su lado. Más allá, en el parque, una mamá muy joven armaba una merienda, algo dulce y salado, las veredas lustrosas, las flores coloridas y los autos que paran para que pase alguien. Todos están sonrientes, no les falta de nada, Compran un chupetín, un globo, un caramelo y cada pequeñito tiene una mano fuerte resguardando su anhelo.

En cada casa amor, se sirve en cada plato, además de sabores compartidos y gratos. En otro pueblo igual y en otro continente, la infancia protegida, amada plenamente. No existe la injusticia, ni el hambre, ni indigentes. La gente, solidaria, compartiendo su tiempo, su casa, sus enseres, cobijando a aquel que, por su circunstancia, está solo o doliente. Ese mundo es posible, hagamos el esfuerzo. Pongamos cada uno un granito de arena, abramos nuestros brazos y soltemos el ego, convirtamos la tierra en una tierra buena.

¡Gracias, después de usted!

Manuela Sinisterra

Que esto quede entre nosotros
quiero que sepa señor
que todo lo que aprenda hoy
mañana lo habré olvidado
soy como un mal soldado
que no sabe de qué lado
del combate debe estar
y aunque le guste luchar
y no recuerde porqué,
quiere la vida y la paz
esto me lleva otra vez
a la pregunta de siempre
¿para qué plantar simientes
que nunca van a brotar?
porque olvidaré regar y cuidar como merecen.
Usted tiene que saber lo que vivo día a día todo parece perderse en ese
medio segundo y es mí único consuelo el pensamiento profundo que
conserva mis recuerdos con extraña nitidez ese que sabe encontrar el
tesoro de mi infancia y me permite sentir ¡que sí!
que fue muy bueno vivir
que es valiente dar la cara
y luchar con lo que hay.
No es mi sino entregarme a la tristeza y aunque pierda la cabeza
siempre caminaré con una sonrisa
en los labios y un gracias, después de Usted.

Desaciertos

Maria Alicia Ferrera

Como todos los días la alarma cruel, despiadada interrumpió mi sueño con la misma melosa melodía, como invitándome amablemente a comenzar el nuevo día. Me apresté casi con urgencia y con un desayuno ligero me arrojé, desprovista de ánimo, a la vorágine terrenal.

Eran las 6.30. Noche aún de un día frío de invierno. La estación de trenes estaba despoblada y escasa de luces lo que, sumada la neblina le daba un aire surrealista. Crucé una mirada con el guarda y la ocasión ameritó un breve e indiferente saludo. Sin saber si era mi percepción o la mera realidad, el aire estaba enrarecido. Fue extraño notar que las personas que veía a diario en el andén, ese día no estaban allí, como si todas ellas hubiesen faltado a la misma cita.

Un impasse mental me llevó a pensar en lo que más tarde sería la rutina del día, nada diferente a las pasadas ni a las futuras. Cuando regresé advertí que un hombre estaba justo detrás de mí, más cerca de lo deseable y lógico, ya que disponía de suficiente espacio libre. Me incomodaba su cercanía y me sentía observada. No me moví, preferí ignorarlo aunque mi angustia y temor crecían. El tren se demoraba; ya debía haber llegado. Miré hacia los extremos del andén y ví en uno de ellos a una pareja de jóvenes que conversaban y reían ajenos a mi realidad. Por un instante mi atención se fijó en la forma en que vestían. Parecían personajes atemporales, fuera de contexto, ya que no lucían como quienes comienzan una jornada, sino más bien como quienes están regresando de la noche anterior. Dejé de interesarme en los jóvenes cuando ví la luz del tren que por fin llegaba. El vagón estaba casi desierto. Lo que me extrañó ya que casi nunca logro conseguir un asiento libre. Me senté en el más próximo a la puerta. El hombre del andén se ubicó justo frente a mí. Él no me miró, eso me tranquilizó. Yo lo observaba, no quería cruzarme con su mirada, pero aun así corrí el riesgo, por suerte eso no sucedió.

Parecía estar bajo el efecto que produce la monotonía visual y sonora, ese atontamiento al que la mente se somete, casi sin resistirse, durante

la marcha del tren. Él era alto y su delgadez sumada al descuido de una barba poblada y negra le daba un aire desgastado. Llevaba un abrigo largo de lanilla marrón, pantalón azul de trabajo y borcegos negros. Pero lo que atrajo toda mi atención fue un maletín rígido de cuero negro, de ésos que usan los ejecutivos o abogados para ir a la oficina. Lo dejó en el piso entre sus piernas. Traté de imaginar que llevaría en ese maletín que parecía estar en discordancia con el resto de su atuendo.

Al llegar a la cuarta estación buscó a través de la ventanilla el nombre y así lo hizo con las siguientes. Se lo notaba inquieto, nervioso, inseguro como quien hace por primera vez la travesía. A estas alturas mi prejuizgamiento era inevitable. Creí tener ante mí a un terrorista islámico, sus facciones ahora me parecían muy similares a un actor que siempre representaba ese rol en diferentes films y quien también portaba un maletín con explosivos destinados a volar el tren. Las coincidencias me aterrorizaron. Busqué más indicios que pudieran confirmar mi hipótesis que obviamente encontré. Su mirada dura, el movimiento inquieto de sus manos y pies, el sudor de la frente, la frecuencia con que se acomodaba el cabello hacia atrás que casi acompasaba con el tic de su ojo izquierdo. Eran todas muestras de un nerviosismo injustificado dado el entorno. Mi fijación con ese hombre era total y aún más lo fue cuando la vigilancia que hacía del maletín se hizo notoria.

El tren frenó antes de llegar a la estación terminal. El hombre se paró aprisa acercándose a la puerta con manifiesta urgencia por salir de allí. Finalmente el tren emprendió su marcha hasta llegar a la estación. Se apresuró a bajar y a paso firme y rápido, se dirigió hacia el sector de conexión con el metro. Fui detrás suyo llevada por la necesidad de saber cómo seguía esa historia de la cual ya me sentía parte. Fijé mi mirada solo en él y como en una fotografía, todo lo que nos rodeaba se había convertido en una visión borrosa, fuera de foco.

Llegamos al túnel que conecta con la estación del metro. Allí se detuvo, miró a su alrededor sin reparar en mí. Se inclinó hacia el piso y apoyó el maletín. Lentamente lo abrió. En ese momento mi corazón se detuvo junto con la respiración para dar paso a una agitación incontrolable. Increíblemente no huí, por el contrario y, ante mi conmoción, ví como sacaba una manta roja, que con delicadeza acomodó sobre el piso. Luego extrajo un pequeño atril que desplegó meticulosamente para acomodar unas cuantas hojas las cuales iba poniendo en riguroso orden. Por último, con ambas manos, casi

con amor sacó una flauta dulce. Seguidamente, no sin antes asegurarse de que todo estaba bien dispuesto, comenzó a ensayar los primeros acordes de una melodía.

Me quedé observándolo con una primera sensación de alivio y posterior sorpresa al descubrir a otro hombre muy diferente a aquel que conocí en el tren. Con una sonrisa me alejé reflexionando sobre la curiosa aventura vivida y escuchando aún la melodía que de a poco se apagaba. Nuevamente en el hall central de la estación de trenes escuché el altavoz anunciando: "Señores pasajeros les recordamos que, hoy domingo la programación de horarios habituales se verá afectada a modificaciones. Gracias por su atención". Me detuve de golpe y, como si estuviera viendo una película al reverso, llegué donde comenzó y entendí todo.

El día más feliz

Ramona Sanchez

Un día de mi vida a los 17 años, salimos de paseo con mi novio. El me dijo “vamos al teatro” y fuimos. A mí me emocionó mucho la obra, fue tan linda que se me caían las lágrimas por la ternura de la historia.

Luego fuimos a un café y yo luciendo encantada mi vestido rosa. Me dijo “eres una rosa, una flor” y fue gran emoción las palabras que vinieron después, cuando me propuso casamiento diciéndome “ te doy un anillo con todo mi amor”.

Fue el día más feliz de mi vida, el más dulce como la miel. Conducimos con el auto por la carretera muy felices. Y el cielo tenía un azul tan bello, azul por nuestra felicidad.

Anomalía del tiempo

Ana B. Mateo

Roma 79 D.C. el Tribuno Tulio Clavio se preparaba para la gran apertura del Anfiteatro Flavio, recientemente terminado por el Emperador Tito y empezado por su padre el Emperador Vespasiano, a primera hora se brindaron espectáculos de entretenimientos, más tarde serían las luchas de gladiadores y de animales.

Todo esto para el tribuno debía esperar pues tenía terribles dolores en la boca que aparecieron sin razón aparente y que lo decidió a asistir a la ceremonia del Culto de Anna Perenna para pedir que lo alivie, llevaría como ofrenda una lámpara nueva.

Los dolores eran tan terribles que decidió asistir al culto esa misma noche. Avanzando entre los árboles se acercaban las siluetas de las jóvenes vestidas con atuendos blancos y diademas de flores en sus cabezas.

Tulio avanzaba también por la vía Flaminia rumbo a la gruta consagrada a la Diosa con la lámpara encendida, se acercó a la fuente y la depositó en ella, la sacerdotisa entonaba cánticos y quemaba esencias, una extraña niebla azul se estaba levantando cubriéndolo todo, embriagándolo el perfume de las flores, de las esencias quemadas y el aceite las lámparas.

Buenos Aires 2023 D.C., anochece y el Dr. acomodaba el consultorio odontológico, la última paciente se había retirado apenas unos minutos antes de las 18:30 hs. y una extraña niebla azul comenzó a inundarlo todo, cuando lo vio, allí parado frente a él estaba un romano que apoyaba su mano en la mejilla con un claro gesto de dolor.

El Dr. quedó congelado, temeroso, lo mismo que el visitante que observaba todo a su alrededor con asombro y desconfianza, su mano derecha se apoyaba en la empuñadura del gladius. El Dr. reponiéndose levantó la mano en señal de saludo, él había hecho el secundario en un colegio religioso y recordaba apenas algunas pocas palabras en latín.

-Sun medicus- le dijo tembloroso, llevándose la mano al pecho sin dejar de mirar la mano del tribuno apoyada en la empuñadura del gladius.

Con un gesto lo invitó a sentarse, el romano dolorido obedeció y se dejó revisar, aprovechando el Dr. para anestesiarlo; trabajando velozmente logró hacerle un tratamiento de conducto, Tulio ya sin dolor le agradeció con una sonrisa.

Le rellenó el conducto con amalgama y colocando dos comprimidos en sus manos le indicó con gestos que lo tomara al otro día.

El tribuno se puso de pie y dirigiéndose a la mesa de operaciones colocó algo sobre ella.

La niebla comenzó a diluirse y en un momento desapareció junto con el visitante.

Al quedar solo el Dr. se sentó y pensó:

-¿Será acaso que perdí la razón?-, levantó su vista y vio el reloj del consultorio, eran las 18:45, habían pasado solo unos minutos. ¿Cómo en tan poco tiempo había realizado todo ese trabajo?

Al llegar a su casa no comentó nada de lo sucedido, cenaron y se fue a dormir. Al otro día mientras desayunaba con su esposa viendo el noticiero en la T.V. dieron la noticia de que en una excavación que se hacía para un estacionamiento subterráneo para autos en Roma se encontraron los restos de un asentamiento de la época del Imperio, en ella se encontró un cráneo que desconcertó a los científicos ya que tenía un increíble trabajo odontológico imposible para la época de la Roma imperial con materiales que no existían aún. Era un trabajo propio de este siglo.

Llegó al consultorio y ordenando el instrumental vio una moneda antigua sobre la mesa de operaciones, era un sestercio del año 79 D.C.,(tenía acuñada la imagen del emperador Tito), sonrió para sus adentros, la guardó y pensó que jamás contaría lo vivido.

Julian se levantó sin dientes

Maria Cristina Leiva

Son casi las diez de la mañana, la noche estuvo intensa. Hacía mucho que no trasnochaba y se sentía con resaca por tantos brindis. Había que festejar, 70 pirulos no es moco de pavo así que amigos y familia acompañaron la celebración.

- No me acuerdo bien que pasó, pero no tengo mis dientes. Alicia, mujer, dónde estás, alcanzame la dentadura

- Ahhh, ¡te despertaste! linda noche hiciste, se te fué la mano... ¡qué sé yo de tu dentadura!

- Debe estar en el baño, seguro me descompuse. Cuando chupo me cae mal y vomito. Me acuerdo que la puse en un vaso con agua.

- Eso te pasa por tomar demás...

Julián busca en el baño, en la habitación, en el tacho de la basura, por todos los lugares donde podría estar su prótesis dental y nada.

- Ali, haceme un favor, mandale un whatsapp a las chicas a ver si alguien sin querer se llevó mis dientes.

En el grupo familiar de Whatsapp, Alicia anuncia "- ¡Atención! A papá se le perdieron los dientes ¿alguien los vió?-" . Al instante, los mensajes comenzaron la comedia: "Viejo sin dientes jajaja, no los ví" " Yo tampoco, decí cucurucho jajaja" "Che, dejen de cargadas, pobre papá".

- ¿Te contestaron algo? ¿qué dijeron?

- Mejor ni te cuento. Seguro se te fue por el inodoro, el ratón Perez no fué.

- Y ahora ¿qué hago? No puedo salir así, no puedo comer.

- ¿Te acordás Julián de la vieja dentadura, la anterior, esa que tenía los dientes grandes con colmillos, que parecías un vampiro?

- Si me acuerdo, a mi me gustaban.

- Fijate, creo que están en el cajón de la mesita de luz.

Julián revuelve los cajones, llenos de cosas que ya no se usan pero se guardan por las dudas. Y allí en el fondo, como sonriente ... la vieja dentadura.

-¡Ay viejo qué macana! no puede ser, justo hoy que tenemos la fiestita en el jardín de Antonia por el día de los abuelos.

- ¿Qué hacemos? llámame al dentista, al Pami, la Anses... ¿Quién me podrá ayudar?

- ¡El chapulín colorado! Julián no digas pavadas. Si pedís un turno tiene que ser una urgencia, y no lo es. Te lo van a dar dentro de tres meses.

Julián se prueba la vieja dentadura, le aprieta, le lastima la encía. Con razón dejó de usarla. Alicia prepara algo livianito para el almuerzo, sopa y calabaza para que Julián pueda comer.

- Ali no voy a poder comer ¿y si me das la teta? como mi mamá cuando era bebé...
- Callate viejo verde, te voy a dar papilla con Nestlé
- Sea como sea, la fiesta de Antonia no me la puedo perder
- ¿Qué vas a hacer? a las 14 hs tenemos que estar en la escuela
- Buscame un tapabocas que usamos por la pandemia y listo.
- Buscame, alcanzame... ¡que vos tenés pies y manos!

Así a las dos de la tarde estuvieron en la puerta del jardín, saludando a los otros abuelos. Alicia les explicaba que Julián estaba algo resfriado y no quería contagiar. El mudo, ni una palabra, sólo asentía con la cabeza.

Estaban todos ubicados en sus sitios, felices viendo a sus corazones cantar y bailar, hasta que apareció Antonia y tironeando de su mano le dijo;

- ¡Vamos abuelo tenés que actuar! tenés que hacer de lobo. Jugamos al lobo está. Trató de negarse pero Antonia no lo permitió y así pronto se encontró escondido detrás de un biombo. Metió su mano en el bolsillo y se colocó la vieja dentadura, no le importaba el dolor mientras su pequeña sonriera. Así todos cantaron "juguemos en el bosque mientras el lobo no está ¿lobo está?". Después de ponerse medias, calzoncillos, camiseta, pantalones y zapatillas, exclamó:
- ¡Salgo para comerlos a todos!

De vuelta en casa y felices por el encuentro compartido un año más. Alicia abrió el freezer para sacar algo para cenar y ¡sorpresa! allí estaban en el vaso con agua la dentadura de Julián, que parecían sonreír.

Hico

(Relato inspirado en la calesita de la Plaza Luján de José Marmol)

Manuel Pedreira

Pachi se bajaba del colectivo todos los días corriendo para llegar a su casa y entregarle al padre la plata que había recaudado abriendo las puertas de los taxis en Constitución. Su apuro no era por regresar a su casa o verlo a él. Era para ir a la calesita y dar las vueltas que le alcanzarán con los pesos que siempre se guardaba en las medias. Las medias eran su mejor escondite, actitud que tomaba para que el padre no le sacara todo.

Al viejo no había plata que le alcanzara, entre los cigarros, la quiniela y los vasos de vino que se tomaba, siempre estaba en deuda con Chichilo, el bolichero de la esquina. Cuando la cuenta se hacía grande, le cortaban el fiado y ¡ahí sí!, pobre Pachi las que pasaba. Lo más frecuente, era que le alcanzara para cuatro o cinco vueltas.

Ramón, rara vez le dejaba sacar la sortija, ¡Claro!, casi siempre había una mamá joven o el Colo, el hijo del mecánico, Mica la hija del doctor. Se llenaba de Chicos de otra clase social, que se podían dar el gusto de unas garrapiñadas o una manzanita. Pero Pachi no, sabía que si caía en esa tentación, eran menos vueltas las que tendría para dar. Pachi tenía una particularidad. El se subía a la calesita cuando Hico estaba desocupado. El caballito era su único interés, los dos formaban un dúo perfecto. Pachi el gran "jinete" e Hico el gran "caballo". Parecía que el caballito cuando estaba con Pachi reflejaba más esplendor, hasta parecía que tenía vida. Para Pachi ¡seguro la tenía!.

Él se paraba de frente y le acariciaba la cabeza antes de montarlo y mientras lo jineteaba, le hablaba todo el tiempo. Hasta se lo veía con las manos juntar agua de la canilla, para que bebiera. Una vez Ramón lo vió y chistó, ¡Schts! ¡Schts!, "¡no ves que es de madera y cerrá bien la canilla que se hace barro". En ese momento, a Pachi se lo escuchó decir por lo bajito "no le hagas caso, de madera es él, no ves que tiene un tronco incrustado en el cerebro. ¡Y encima venirte a pintar de azul! seguro que era pintura que tenía de sobra en su galpón". Y le prometió, "algún día vas a volver a ser blanco".

Pachi sabía del bulling que le hacían los demás animales, el camello, la jirafa, ¡hasta el avioncito se le reía del color que lo habían pintado!. Tenían que verlo a Pachi el esfuerzo que hacía para intentar sacar la sortija, no la quería para dar más vueltas, era para estar un ratito más con Hico. Se le pasaba tan rápido...

Cuando tenía que bajarse, se le mezclaba la tristeza con la bronca, aunque la verdad no era bronca, eran celos de que otros chicos lo montaran. Pachi amaba a Hico y cualquier ojo sensible podía ver cómo Hico lo amaba a él. Después de un tiempo, un misterio envolvió esta historia. A Pachi no se lo vió más por Constitución. Cuentan que el último en verlo fue un canillita en la ferretería de enfrente a la plaza, comprando pintura blanca. Y tampoco se lo vió más a Hico, un día aparecieron cortados los tornillos que lo sujetaban al piso de madera de la calesita. Todo indica que hizo fuerza hasta cortarlos para escaparse. ¿A dónde fue? ¿Con quién está? No sé sabe, aunque no es difícil de imaginar ¿no?.

El beso

Juan Albarracín

El colegio estaba con el portón de entrada cerrado, cerca de un centenar de alumnos agolpados en la vereda, con sus abrigos por el frío de la mañana de otoño.

La madre de Elena se despidió con un beso y se encaminó por una luminosa calle que la condujo hasta una barrera al lado de la estación de Mármol.

Los árboles exhibían sus hojas que amarillas y marrones inundaban las veredas y calles. Los estudiantes hablaban y reían entre ellos, todos a la vez, generando un bullicio que en el transcurso de los minutos se volvía monótono.

Llegada la hora se abrió el acceso y una marea de jóvenes adolescentes se apretujaban sin detenerse entrando al colegio. Antonio, alumno de quinto grado, se había propuesto besar a Elena, su compañera de clase, y demostrar que las chicas no se resisten a él. Los días anteriores Antonio había tenido fuertes discusiones con compañeros que lo criticaban por su postura de galán irresistible y de menospreciar a las chicas con las que había salido. Otro grupo minoritario lo apoyaba.

En el aula se repitió la escena de discusión hasta que entró el profesor, éste al ver y escuchar el bochinche preguntó: ¿Que sucede? Se produjo un silencio. Nadie habló. La clase de matemáticas que no entusiasmaba a los alumnos comenzó.

En el recreo Antonio fue elogiado por sus compañeros más cercanos, este relataba sus conquistas pasadas, el reclamo y hasta el llanto de algunas de las chicas por el rechazo precoz a ellas, después de haber logrado el beso. Antonio es un joven de una familia de buen pasar. Todas las mañanas llegaba en el auto del padre. Vestía saco y pantalón de calidad, es alto, pelo castaño y una mirada de águila que todo lo medía cuando se trataba del género opuesto.

Elena vestía campera azul abrigada con capucha de bordes de piel sintética que exaltaba su piel mate, su mirada era dulce y tenía buen trato con sus compañeras y compañeros. Hija de padre y madre trabajadores. Su deseo era terminar el secundario e ingresar en la universidad a la carrera de psicología.

Elena rodeada de sus amigas se había enterado que Antonio había afirmado que besaría a ella sin ninguna resistencia porque siempre salió victorioso en los intentos anteriores con otras chicas.

Al terminar el recreo Elena tuvo que retirarse del colegio, vino a buscarla su madre porque había fallecido un pariente.

Decidieron caminar, el duelo las embargaba, sus piernas se volvieron pesadas. Llegaron a la plaza principal del distrito con su iglesia, el Palacio Municipal y la casa de Borges, con el propósito de sentarse. Se lamentaban por la pérdida de la hermana una y la de la tía la otra. Al observar las palmeras y otros árboles veían múltiples pájaros y escuchaban su cantos, los niños con sus madres, jugando, riendo y gritando, una preadolescente hablaba riéndose a través de su celular, cerca un adolescente recostado en el césped leía en su tablet; estas escenas las llevaban a la comprensión que la vida continuaba en sus alrededores.

Retomaron la marcha, faltaba poco para la casa mortuoria.

Como era viernes volvió al colegio el lunes siguiente. En el segundo recreo de ese día Antonio abordó a Elena.

Antonio: Elena lamento la perdida de tu tía.

Elena: Gracias.

Antonio: ¿De qué murió?

Elena: Sufrió un infarto.

Antonio: Pienso que estarás afectada pero igualmente quiero decirte que desde que te vi por primera vez me enamoré de vos y sueño con besarte.

Elena: Eh, que rápido vas.

(En el primer recreo Antonio les había manifestado a sus amigos que de hoy no pasaría el beso, estos le aconsejaron que no era el mejor día y este les contestó, a mi no se me resiste ninguna).

Elena: Seguirás soñando porque yo no deseo besarte, el beso quedará en tu imaginación.

Antonio: Pero de donde sacas la convicción que no te besaré, ya te dije, me enamoré de vos desde el primer día que te vi y por eso rechacé a otras chicas más lindas que vos.

(Un grupo de alumnas que escuchaban y presenciaban el diálogo a una distancia prudencial se acercaron).

Compañeras: Así que nos rechazaste porque estabas enamorado de Elena dijo una. Otra compañera continuó “una a una nos engañaste hasta que lograste el beso, por lo que veo Elena sería la víctima siguiente”.

Elena: Te relacionaste con nosotras a través de las mentiras.

Antonio: ¡Ustedes son fáciles!

Elena: Ellas creyeron en tus palabras y promesas, no eres honesto, jugaste con ellas, las heriste en el sentimiento y eso es más doloroso que no aprobar un examen. Desvalorizaste la moral masculina porque no la tenes y esto intentas taparlo con la presuntuosidad, el engaño y tu narcisismo.

Antonio se quedó sin palabras, dio media vuelta y se alejó del grupo.

Afuera, seguían cayendo las hojas de los árboles, dejando en las ramas el espacio donde brotarán las nuevas al comienzo de la próxima primavera.

Crear o Reventar

Raquel Sanchez

La clínica, lugar de trabajo, noche de tormenta, relámpagos, truenos y ruidos.

Cae la noche; cada vez más fría; calma dentro del lugar, afuera, la lluvia más copiosa, intensa, temerosa.

El trajín del trabajo en salud continúa como de costumbre; a través de las ventanas el reflejo de los relámpagos y la caída del agua deslizándose por el vidrio.

Entre mates y charlas, dos amigas mientras trabajan, cuentan sus vivencias cotidianas. Sin sospechar que alguien o algo las mira a través de la ventana ésta, cubierta en su mitad de una transparencia, pero que deja traslucir el de afuera.

La tormenta continúa, las dos mujeres se estremecen, cuando de repente, ven a través de la ventana un hombre con sombrero alto, negro, “pasó alguien por el pasillo, bajo la lluvia”

Con desesperación llaman a seguridad de la clínica, preguntando; “si hacía su recorrida por el lugar”, respondiendo éste — nadie puede entrar por ese lugar ya que está con llave, es un pasillo inaccesible por el agua de la oscura noche de tormenta —

Sólo fue un fantasma de nuestra imaginación, se dijeron ellas, en la morgue se encuentra sólo la camilla vacía.

La temerosa noche de lluvia y truenos continuó, pero la madrugada, hizo su tétrica obra de teatro.

Colores

Iris Travaglini

Partió desde su presente en ese viaje deseado y necesario, según ella, hacia el pueblo de su niñez.

Al hacerlo se sintió bien.

Era una mujer muy delgada, de una delgadez que por momentos la hacía transparente. Esa era su tonalidad, la de la transparencia, formada por el rojo, el ámbar, el verde, el azul y el humo, la de su autenticidad. Sin embargo, aparecía apagada por otra transparencia, esa que da la tenuidad de la carne y los huesos. Su piel estaba como pegada a sus huesos.

Normalmente se vestía con túnicas largas, oscuras, de ese modo evitaba que el mundo le dijera: — ¡Pero qué flaca estás! — Con ese ropaje, entre hippie e hindú, de toque sofisticado, se corría de esos comentarios, aunque igual la llevaban a revisar su presente y su cuerpo.

“¿Desde cuándo me veo así?”

Este pensamiento se apoderaba de ella en tanto que avanzaba por las calles de su pueblo, ese en el que había bajado. Intentó recordar.

Se vio mirando el pasado, ese pasado no tan lejano; después de todo, sólo tenía treinta y seis años.

¿Ese tiempo lo tendría que medir en palabras como el que tenía para recorrer su pueblo? Nunca lo había considerado, quizás sería una buena forma.

Se sentía ahogada y ese ahogo era el que no la dejaba comer, el que no la dejaba hablar. Tenía que ir para atrás. Todas esas palabras no dichas eran las que la ahogaban. Se fue: ¿Cuánto? ¿100.000 palabras? ¿1.000.000? ¿Cuántas? Retrocedió tantas como hizo falta para llegar al vientre de su madre.

Año 1984

Marama y Hone, ambos neozelandeses habían venido a la Argentina por trabajo, contratados por la misma empresa, así se conocieron y se eligieron. Habían llegado en el año 1980, tiempos aún difíciles en ese país extraño que los albergó y del que se enamoraron. Desde el principio de su pareja, habían decidido los nombres de los hijos que imaginaban tener. El primero que como seguro había aparecido era el de una niña, la llamarían Luz, "igual que su madre y su abuela" había dicho Hone por entonces, "sólo que en español ya que será la lengua de nuestra hija".

La gestación, llena de silencios, había ocurrido a principios de 1983 al mismo tiempo que, a pesar de ser momentos finales de un gobierno militar en Argentina, los secuestros y desapariciones "hechos que marcaron esa época" continuaban. Hone, trabajador metalúrgico, fue uno de tantos desaparecidos y nunca supo del embarazo de Marama.

Ya en democracia, el 16 de enero de 1984, nació Luz.

Ella no conoció a su padre.

Creció y supo, contado por su madre, que habían sido años duros, con exilios obligados y decididos. Marama fue una de esas exiliadas de palabras y, en ese quedarse, había aprendido a decir, sin decir nada. Fue capaz de hablar y que nadie notara que no decía nada, hasta parecía verborragica, a veces. Como un pacto tácito con ella misma, las palabras con contenido y verdades no salían, se quedaban en su adentro, en su alma.

Luz sintió la opresión y la asfixia de su madre, vio cómo todas esas palabras cargadas de dolor y tristeza que no eran dichas, pasaban por el torrente sanguíneo a través del cordón umbilical convertidas en su alimento. Entendió que ese era su ahogo.

Año 2020

Al andar su pueblo, dejaba una especie de estela dibujada por palabras oscuras, muy oscuras.

De reajo, miró por sobre su hombro e intentó leer las que, bajo el polvo, iban quedando atrás. Leyó frases que no le eran ajenas, cargadas de odio, de encierro, de desesperación y dolor, bañadas con la angustia de la nada

y se alegró al verlas bajar de su cuerpo: en su “ahora” ya no tenían cabida.

¡Uf...!

Cada palabra gris, oscura, dura, terrible que salía de ella, casi como expulsada, hacía que el ahogo heredado empezará a desaparecer.

Su piel fue despegándose de sus huesos y, poco a poco, recuperó su elasticidad.

Así, de repente, comenzó a ver cómo otras palabras claras, luminosas, sensibles, verdaderas, iban dando forma a su cuerpo, vio sus pies, los dedos de sus pies volviéndose gorditos, sus piernas, sus caderas, sus pechos, sus brazos, su cuello, su cabeza, su cara y también sus ovarios, su útero, su corazón y sus latidos.

Seguía caminando su pueblo, ese en el que necesariamente había tenido que bajar.

Una de sus calles llamó su atención, tenía a los costados árboles con todos los verdes, verde manzana, verde esmeralda, verde oscuro y verde claro, y entonces, en ese momento con el maravilloso entonces de un cuento, hacia ella fue.

Era una calle especial, además de esos árboles tenía negocios fantásticos, cada uno brillaba por sí mismo y todos juntos parecían dibujar el arco iris. Se detuvo frente a uno que vendía ropa y entró. Feliz se probó todo: vestidos, remeras, pantalones y colores y, de golpe, se llenó de colores.

Se sacó la túnica porque hasta le apretaba.

¡Qué linda se sintió!

El ahogo ya no estaba, ese ahogo heredado había desaparecido.

Al regresar de su viaje, la decisión de hablar con su madre no se hizo esperar.

— ¡Luz estas radiante!

— Si ma, nunca más la oscuridad del ahogo y el vacío del silencio nos apagará. Si estás de acuerdo, juntas lo lograremos. Necesito tus palabras no dichas y como siempre, tu amor.

Mi barrio José Mármol

Lucia Delelis

Eran sus calles de tierra y barro cuando llovía,
Donde circulaban bicicletas, carros y caballos.
También el afilador, el paragüero y el colchonero,
Por las tardes pasaba el heladero con su carrito adornado
De guirnaldas y muñecos colgando;
Con sus exquisitos helados de tres sabores:
dulce de leche, chocolate y vainilla.
Sus casas humildes con frente de alumbrado
Algunos caídos y otros bien estirados,
Con puertas hechas de maderas
De finos cajones de manzana.
Sus caminitos rellenos con pedacitos de
ladrillos de escombros.
Los niños jugaban al lomo y a la pelota
Hecha de trapos viejos y medias.
Por la mañana pasaba la perrera, la cual los vecinos
Corrían con piedras y palos para que
no se llevarán a sus perros.
Los chicos de mi barrio iban a cazar pajaritos
Y palomas. Era su mayor entretenimiento.
Teníamos la escuela que sus aulas eran vagones de tranvía
Y el resto de sus aulas de madera con su mástil
En el patio y sus pisos de ladrillo.
La comisaría cerca del colegio
Con sus celdas y fuertes rejas
Custodiaban al malhechor.
Con sus bellos amaneceres de invierno
Con escarcha en su suelo y pasto
Y hielo en sus zanjas y sus corredizas aguas.
Teníamos la canilla municipal a cuadras de mi casa
Donde con tacho y baldes íbamos a buscar agua
Y llenábamos de tanques para guardarla,
La tapábamos con chapas para usarla en su necesidad.

Estaba la “Estancia Municipal” a cuerdas de mi casa
Con su gigantesca entrada en forma arqueada
Con portones hechos de madera.
También sus días primaverales
Con flores en cada jardín,
Perfumaban los gladiolos, las calas, las rosas,
Las amapolas, las hortensias y los claveles.
Y sus veredas con frondosos árboles verdes,
Que sombreaban sus frentes y patios.
Tenía sus bellos amaneceres y su tierno atardecer
Con su gente en las veredas,
Charlando o tomando mate
Mientras los niños jugaban en las calles
O andaban en bicicleta.
Qué hermosos días, meses y años he vivido en mi barrio
Y hoy con sus calles asfaltadas y sus casas edificadas
Muy enrejadas de un piso o más.
¡Qué bello era mi barrio!



Secretaría de
Extensión y Bienestar

puam@unab.edu.ar

